Globethics Repository



La sociología entre el pasado y el futuro [Sociology between past and future]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Leis, Héctor Ricardo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 22:50:56
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219072

La sociología entre el pasado y el futuro

Héctor Ricardo Leis

El artículo analiza las limitaciones de la sociología para entender las recientes transformaciones de la sociedad moderna. En particular, se abordan las dificultades epistemológicas existentes en las raíces teóricas de la sociología para enfrentar las tareas derivadas de los impactos de la actual revolución biotecnológica sobre la sociedad. Se argumenta que esas tareas suponen una revisión interdisciplinaria de las relaciones entre el concepto de naturaleza humana y los valores e instituciones sociales y políticos vigentes.

Siempre hubo fiestas. En América Latina, en las décadas del 60 y 70, hubo algunas tan difíciles de olvidar como de hacer comprensibles para las generaciones actuales. Entre las mejores estaban las organizadas por la sociología. En cierta forma, recreando el éxito que tuvieron en Europa y Estados Unidos varias décadas antes, las fiestas eran detonadas por un insaciable espíritu sociológico.

Sobre fiestas y fantasmas

Es verdad que los sociólogos siempre padecieron de algunos males como, por ejemplo, creer que la realidad era eminentemente social y que cualquier problema podía siempre ser evitado o solucionado a través de la acción social. Pero también es verdad que esos defectos no eran tan graves y se compensaban largamente, sosteniendo que ningún tema ni sospecha sobre los fundamentos teóricos o prácticos de la sociología resultaba inconsistente. De este modo, al lado de polémicas más tradicionales en torno del positivismo, materialismo histórico, democracia liberal o revolución social, surgían constantemente intensos debates sociológicos que iban desde Walt Disney hasta los movimientos sociales del Tercer Mundo, de las últimas expresiones del cine y el teatro europeo hasta los platos voladores, de las nuevas teorías de los signos hasta los problemas internacionales de la guerra y la paz, etc. Literalmente, todo servía de excusa para organizar una alegre fiesta sociológica.

Héctor Ricardo Leis: profesor de Ciencias Sociales, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis (Brasil).

Palabras clave: sociología, eugenesia, genética, desarrollo científico.

Comparado con aquello, el presente de la sociología es ciertamente una tristeza. Parece claro que ella se domesticó y perdió su poder de convocatoria frente a la sociedad y, en particular, frente a las nuevas generaciones. Para quien no lo sabe (o no lo quiere recordar), la sociología hoy casi no es requerida por los jóvenes que ingresan en las universidades y, cuando eso sucede, la mayoría de las veces es como segunda opción de carrera profesional. En los años 60 y 70, por el contrario, la sociología era solicitada como primera opción por una proporción mayor de jóvenes, en muchos casos los mejores representantes de su generación. Mejores en relación con su preocupación altruista por el bien común, mejores en relación con su capacidad intelectual y muchos otros atributos. ¿Se deben buscar las causas de este cambio en las características de la juventud de hoy? Obviamente, no podemos culpar a los jóvenes por el actual descrédito de la sociología. Ella no resulta de una visión de *marketing* errada, ni de los supuestos avances de la burguesía o retrocesos de la universidad pública, ni mucho menos de la supuesta pérdida del sentido de la utopía por parte del pueblo. Esos factores pueden contribuir en algún grado, pero no son decisivos. La causa principal de esta crisis no es externa sino interna, reside en el estancamiento y pérdida de iniciativa de la propia sociología en las últimas décadas. En otras palabras, la sociología parece estar en un proceso en el cual, al mismo tiempo que aumenta sus defectos, disminuye sus virtudes. Ella conservó e incrementó su reduccionismo y moralismo de origen, pero puliéndolos progresivamente de los contenidos irreverentes y transgresores que la acompañaban también desde el principio, perdiendo así gran parte de su capacidad crítica que tan bien la identificaba. Me parece que esto explica mucho mejor la atracción que ella ejercía en la juventud de los 60 y 70, y la falta de atracción que ejerce hoy.

Hoy la sociología se presenta a sí misma como una disciplina políticamente correcta, un saber cuyos objetivos son perseguir bandidos y ayudar jovencitos (sean éstos actores o procesos). La moralización actual de la sociología es tal que las cosas «ruines» que habitan en la sociedad (economía, Estado, individuos, etc.) tienden a ser derivadas hacia los campos de investigación de otras ciencias. Para dar ese salto hacia dentro de su propio abismo, la sociología se vio obligada a recrear sus fantasmas. En su origen y durante mucho tiempo trabó una lucha heroica contra los fantasmas del pasado. Lucha que, con los ojos de hoy, sería considerada políticamente incorrecta, porque esos fantasmas, en no pocos casos, recibían un enorme apoyo popular. En otras palabras, en la edad de oro de la sociología, no eran las masas las que demandaban los cambios recomendados por los sociólogos. Por izquierda o por derecha (sea contra las ansiedades de Marx o contra las de Durkheim, para colocarlo en términos más sociológicos) la mayoría de la población tenía nostalgia del pasado y miedo del futuro (recordemos que hasta hace muy poco tiempo la sociología era prejuiciosa en relación con la amplia mayoría de la población mundial que vivía en el medio rural, lejos de las luces de las ciudades y de las chimeneas de las industrias). Es un hecho que ni el capitalismo ni el comunismo, vienen acompañados por el consentimiento de la mayoría. Fueron las elites, burguesas en un caso y revolucionarias en otro, las que hicieron que

las cosas sucedieran (al costo de muchos sufrimientos y millones de muertos, digámoslo también).

Parece entonces que nadie aún se preguntó cómo una ciencia, que en su inicio y posterior desarrollo de muchas décadas fue políticamente incorrecta en fuertes dosis (circunstancia que de un modo u otro incluso se aplicaba a su contexto de inserción en la realidad latinoamericana de los años 60 y 70), dio el viraje actual. En otras palabras, ¿cómo se explica que la sociología luchara entonces contra los fantasmas del pasado y hoy luche contra los fantasmas del futuro? Más o menos hasta los años 60 y 70 los sociólogos colocaban el peligro en el pasado y la salvación en el futuro. ¿Cómo entonces puede haber pasado desapercibido, sin una reflexión apropiada, el hecho de que hoy las cosas estén prácticamente invertidas, que pasaran de mensajeros del futuro a nostálgicos del presente? ¿Cómo se explica la paradoja de que la sociología se sienta ahora amenazada por los poderes de la historia, amo que antes ella servía y elogiaba? ¿Esto es una pirueta oportunista o epistemológica? ¿Cuál es la culpa inconfesada que está detrás del no reconocimiento de estos cambios?

Naturaleza humana e interdisciplinariedad

El moralismo presente en la sociología contemporánea expresa el deseo de realizar un determinado proyecto o modelo de sociedad. El problema no reside en la existencia de un modelo concebido con fines hermenéuticos, reside en la confusión del mismo con el buen orden, con el orden correcto desde el punto de vista moral. Esto lleva a que, cuanto más se aparta la realidad de ese proyecto, mayor sea el abandono de la ciencia por los sociólogos y mayor su transformación en moralistas. En rigor, no ver la realidad tal como es deriva tanto de déficit epistemológicos como de excesos moralistas, y ambos actúan de forma interrelacionada. Cuando el análisis de la realidad social gana en cientificidad (el caso de Maquiavelo, p. ej.), la separación entre ciencia y moral queda bien clara y no existe ninguna subordinación de los conteni-dos de la primera en relación con la segunda. Pero cuando pasa lo contrario, cuando los análisis se niegan a observar la realidad de modo coherente, la separación entre ciencia y moral resulta confusa y la primera tiende a subordinarse a la segunda para justificarse mejor en lo discursivo. Obviamente, en cada época los problemas epistemológicos son diferentes. Al comienzo de la Edad Moderna el pensamiento se rebeló contra las concepciones teológico-metafísicas sobre la naturaleza humana y la sociedad, por esto se encaminó en la dirección de la constitución de saberes científicos disciplinares. En el presente me parece evidente que, entre otras tareas, el pensamiento debe sublevarse contra las concepciones ideológico-positivistas-racionalistas que permean las diversas disciplinas, yendo en la dirección de la constitución de saberes científicos interdisciplinarios sobre la naturaleza humana y la sociedad.

La sociología piensa la sociedad dejando entre paréntesis su concepción de la naturaleza en general y de la naturaleza humana en particular. Con pocas

excepciones, los sociólogos se mesan los cabellos cuando deben hablar de la hipótesis de la existencia de una naturaleza humana. Casi reivindicando el relato del Génesis, donde los primeros seres humanos (por los delitos conjuntos de Eva, Adán y Caín) son violentamente colocados fuera de la naturaleza y condenados a depender exclusivamente de sus propios esfuerzos viviendo en sociedad, la sociología pretende también sustituir o transformar la naturaleza humana en algo eminentemente social cuyos residuos naturales poco importan. No obstante, para dejar en claro que es una disciplina secularizada, la sociología invierte el mito del Génesis en un aspecto esencial. Si en el mensaje bíblico la sociedad aparecía ligada indisociablemente a la «pérdida» del Paraíso, para la sociología es lo contrario. Si en la Biblia la salvación está fuera de la sociedad, para la sociología la salvación estará dentro, ella nos induce a pensar que la sociedad es progresivamente buena y que la naturaleza es solo un obstáculo a ser superado en el camino del progreso y el perfeccionamiento social. Siendo así, los seres humanos obtendrían la mayor ganancia si olvidan su naturaleza humana y se concentran solo en su condición social[1].

El conocimiento científico no autoriza a nadie a ser optimista o pesimista en relación con el significado extra-científico de los datos. Si dos galaxias chocan, aunque hipotéticamente sean destruidos millones de mundos como el nuestro, los astrofísicos en realidad no se ponen ni más tristes ni más alegres. Si las ciencias naturales descubren una relación familiar insospechada entre los humanos y el resto de los primates, esto tampoco vuelve más optimista o pesimista a ningún naturalista. Max Weber nos recuerda que en la actividad científica no están en juego las consecuencias derivadas de los avances del conocimiento (sea teórico o tecnológico) que pueda haber para los seres humanos, aunque esos avances puedan traerles alegrías o tristezas. Lo que está en juego, precisamente, es el avance mismo del conocimiento científico. La sociedad puede destinar recursos para que la investigación científica marche en una dirección o en otra, los avances pueden surgir de forma impensada e imprevista, pero siempre que se produce un verdadero descubrimiento se incorpora a la realidad básicamente como hecho, y es la sociedad la que, posteriormente, le atribuirá o no un determinado sentido o valor. Esto quiere decir que la ciencia cambia nuestra percepción de la realidad, pero la valoración de la realidad es un proceso social más amplio. Ningún europeo del siglo XIX dejó de lado su etnocentrismo después del descubrimiento de Darwin, ni nadie piensa hoy que hay algo equivocado en el cosmos cuando dos galaxias entran en ruta de colisión. Por esto, creo que los únicos sentimientos auténticos permitidos a los cientistas (incluso cuando asumen posiciones críticas o interpretativas) hablan respecto de los avances o retrocesos del conocimiento como tal. ¿Qué significa entonces la permanente caída del optimismo que exhiben las principales corrientes de la sociología contempo-

1. No está de más recordar aquí que el concepto de condición humana, desarrollado por Hannah Arendt, aunque destinado a superar las aporías de un pensamiento reducido a analizar solo la condición social del hombre moderno, nunca consiguió penetrar a fondo la teoría sociológica, permaneciendo en el campo de la filosofía social y política.

ránea, independientemente de que sus fantasmas se hayan dislocado del pasado hacia el futuro?

Ciertamente este optimismo no es generalizable. Por ejemplo, autores como Weber y Pareto, en los comienzos de la sociología, o como Foucault y Luhmann, más recientemente, no me parece que estimulen a sus lectores a ver las sociedades modernas como lugares de salvación. Por eso, el sentido último de sus análisis siempre se deriva hacia el juicio de valor del lector. No obstante, la masa de los sociólogos contemporáneos no comulga con los fundamentos epistemológicos de la obra de esos autores, aunque aprovechen su trabajo para realizar sus análisis. La mayoría de los sociólogos se siente más confortable al lado de autores clásicos como Marx y Durkheim, o de contemporáneos como Touraine, Giddens y Habermas, para los cuales el mundo social es (o puede llegar a ser en determinado momento) mucho más el resultado de la acción de actores o sujetos concientes y/o de fuerzas sobre las cuales éstos ejercen algún tipo de control. Por este camino, la acción social deriva en acción moral y la sociología en optimismo.

De hecho no tengo nada en contra del optimismo en el plano personal (los médicos incluso dicen que es bueno para la salud), pero insisto en que en la ciencia la cuestión del optimismo (o del pesimismo) no tiene cabida. En el caso de la sociología, el optimismo es la manifestación más visible del reduccionismo que vuelve todo lo que es humano en una cuestión social, y todo lo que es social en algo que depende, en última instancia, de nuestra voluntad. De este modo, la naturaleza humana termina transformada en algo «bueno» o, en la peor de las hipótesis, en algo neutro. Si nuestro destino depende de nuestra propia voluntad ¡no tenemos cómo no ser optimistas! El ingreso del optimismo en el pensamiento social estuvo garantizado por Rousseau, con tanta suerte (o desgracia) que hasta hoy continúa inspirando a la mayoría de los que navegan por las diversas vertientes de la sociología. Ahora bien, dice Rousseau, si las cosas están mal es porque los seres humanos hicieron la sociedad errada, entonces se trata de hacer la sociedad justa y todo estará bien. ¡La dignidad de la especie humana queda a salvo! Antes de vivir en sociedad la especie humana era moralmente neutra. Aunque poseídos por una especie de compasión natural (sus miembros eran conocidos en la época como «buenos salvajes» o cosa parecida), los seres humanos no tienen que preocuparse por su naturaleza sino por la sociedad escogida.

Es difícil no caer en la trampa de Rousseau. No obstante, aunque caigamos en ella, los errores de pensadores como Marx y Durkheim no fueron hechos adrede y ninguna crítica se les puede hacer en nombre de la ciencia. Las visiones de la naturaleza humana, ofrecidas por los filósofos sociales clásicos (Rousseau incluido) y las otras disciplinas de la época (biología y psicología incluidas), eran tan pobres y/o fantasiosas que bien podían ser colocadas entre paréntesis a la hora de fundamentar la nueva ciencia de la sociedad. En cierta forma, esto continuó siendo válido hasta la revolución de la psicología (léase también psicoanálisis), que explotó hace ya cierto tiempo, y la revolución de

la biología (léase también ecología), que explotó un poco más recientemente. Es por esto que Marx y Durkheim no cometieron grandes errores, aunque hayan errado mucho más que Weber y Pareto. Pero hoy el aislamiento disciplinar de la sociología que refleja la obra de Habermas o Giddens constituye sin duda errores graves y culposos. Sus teorías son un retroceso en relación con el espíritu de Weber o Pareto, en cuyas obras no encontramos nada parecido a las esperanzas ofrecidas por una teoría de la acción comunicativa o de la modernidad reflexiva. Teorías éstas que nos llevan a creer que, por grandes que sean los cambios y por más graves que sean las circunstancias, los seres humanos continúan siempre teniendo a su alcance herramientas capaces de construir la sociedad cierta. Siguiendo la interpretación de estos autores, parecería que la especie humana nunca pierde su dignidad, solo pierde su tiempo.

Aquellos sociólogos que neutralizan o descaracterizan la importancia de la naturaleza humana para comprender la vida social y que, en una operación convergente, presuponen la bondad de la acción social, están afirmando algo más (o algo menos) que una hipótesis científica. Están transformando esos supuestos en fundamentos míticos o religiosos de sus trabajos, de modo tal que los mismos no pueden ser discutidos (la mayoría de las veces porque ni siquiera son explicitados), y mucho menos refutados (no existe ningún acontecimiento de este mundo que pueda demostrar lo contrario). Lo más curioso de esto es que esos sociólogos no perciben que están operando de un modo no-científico. Precisamente, su reduccionismo les impide ver que sus supuestos son más religiosos que científicos.

Más arriba sostuve la hipótesis de que la sociología, cuando percibió de algún modo su obsolescencia, dio un salto hacia dentro de ella misma, evitando así reabrir el debate de sus antecedentes y presupuestos epistemológicos, lo cual habría implicado revisar su relación con la ciencia en general. Respecto de la biología esta revisión está llena de obstáculos, derivados particularmente de la promiscua relación de ambas en el pasado. Los principales autores clásicos fundadores de la sociología construían sus teorías reaccionando, precisamente, contra las explicaciones biologicistas de lo social (Leis). De Aristóteles y Tomás de Aquino hasta Spencer y Comte, las explicaciones de la sociedad y de la política se daban por analogía con las concepciones biológicas de la época. La sociedad era casi siempre comparada con un organismo vivo y las instituciones sociales con los órganos de un cuerpo que debían adaptarse funcionalmente a su ambiente. En Durkheim, la metáfora organicista no desaparece totalmente, pero es evidente que enfrentó el evolucionismo biológico de Spencer y otros, afirmando claramente que los fenómenos sociales no pueden ser explicados a partir de variables biológicas como la raza, el instinto, etc. En el caso de Marx, su teoría de la lucha de clases rechaza bastante la analogía organicista, así como también enfrenta decididamente cualquier reduccionismo biológico de los problemas sociales (como queda claro en su polémica con Malthus). Aunque Weber y Pareto también participaron del esfuerzo reduccionista para fundar la sociología, es cierto que fueron mucho

más abiertos que Marx y Durkheim para pensar la sociedad dentro de modelos multicausales donde los factores biológicos (entre otros) fueran considerados de forma más equilibrada. Resumiendo, los clásicos de la sociología desarrollaron un pensamiento relativamente marcado por las reacciones contra interpretaciones biologicistas de la sociedad. Pero como ya comentamos antes en relación con los errores de Marx y Durkheim, sería incorrecto ver las teorías de los clásicos como un retroceso en relación con las anteriores. Por el contrario, los clásicos, siempre que estén históricamente contextualizados, representan un avance sobre las teorías sociales de su época. De hecho, el retroceso quedó en manos de sus discípulos que, por estar demasiado presos de las enseñanzas recibidas, no supieron cómo avanzar ni retroceder.

El desafío del futuro

¿Será que la sociología del siglo XXI tendrá el coraje de recuperar los grandes temas civilizatorios sin prejuicios de ninguna clase?; ¿conseguiremos recuperar las miradas de un Tocqueville, en el siglo XIX, o de un Weber en el siglo XX, capaces de percibir, a través de las aguas turbias del presente, la historia del futuro? ¿Será que la reciente recaída moralista de la sociología no es más que el recrudecimiento de los síntomas antes de la cura completa del paciente?; ¿o la sociología está en una fase terminal, condicionada fuertemente por el subjetivismo de los diferentes proyectos de los actores sociales? ¿Las concepciones del orden social que dominan la sociología desde su fundación constituyen una reacción e inversión del objetivismo de las concepciones de los cientistas naturales? ¿No será, al final de cuentas, que existe todavía una disputa pendiente entre las ciencias de la sociedad y las ciencias de la vida?

Es una verdad incontrastable que la política se comprende mucho mejor a partir de la naturaleza humana que de la racionalidad humana, que las instituciones sociales existen para los seres humanos y no éstos para las instituciones sociales. Por lo tanto, si queremos instituciones que funcionen debemos colocarlas en sintonía con la naturaleza humana. Pero ¿cómo juzgar las instituciones existentes o imaginar nuevas si no conocemos la naturaleza humana o si, como hacen los sociólogos, ignoramos que ella existe? Por increíble que parezca, los aspectos centrales de nuestros principios e instituciones políticos y sociales actuales fueron definidos entre los siglos XVII y XIX, por un amplio espectro de pensadores (Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Montesquieu, Hegel, Marx, Stuart Mill, etc.), que apoyaban sus trabajos en las diferentes concepciones de la naturaleza humana disponibles en la época. Esto supone un interesante *quid pro quo*, ya que las ciencias sociales, de un modo general, continúan todavía atribuyendo legitimidad a las instituciones imaginadas por autores que, de acuerdo con la ciencia contemporánea, presentan concepciones casi mitológicas de la naturaleza humana. ¿No será que con los conocimientos producidos en el siglo XX por la psicología y, especialmente, por la biología deberíamos repensar nuestras ideas tradicionales sobre los individuos, la sociedad, el Estado y la democracia, por ejemplo?

Las nuevas ideas e investigaciones biológicas (en un espectro que cubre desde la ecología de los grandes ecosistemas hasta la bioneurología del cerebro humano, pasando por la ingeniería genética), nos someten a repensar nuestras instituciones en tanto convocan a la sociología a dedicar buena parte de sus esfuerzos al trabajo interdisciplinario, especialmente con la biología. Aunque la sociología no sea culpable de los trabajos de los filósofos sociales de los siglos XVII a XIX, no puede continuar moralizando o criticando desde afuera los descubrimientos científicos y las posibilidades tecnológicas que recolocaron, al final del siglo XX, la cuestión de la naturaleza humana en el centro del escenario. Mencionamos más arriba que es como si la sociología le tuviera miedo al futuro. El rechazo a entrar con fuerza total en el debate abierto por la actual revolución biológica confirmaría esta hipótesis, en la medida en que sus consecuencias para la evolución de la humanidad son dramáticas. Estamos hablando, nada más y nada menos, de discutir en profundidad y sin prejuicios las implicaciones teóricas y prácticas de las transformaciones eugénicas que, en muy poco tiempo, empezarán a ser producidas por la ingeniería genética (asociada, especialmente, al proyecto del genoma humano).

La vieja eugenesia justifica plenamente la antipatía de los sociólogos. Kevles muestra cómo la mayoría de sus defensores de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX (los cuales, curiosamente, se concentraban tanto en la Alemania que iba a caer en manos de Hitler, como en los liberales de EEUU e Inglaterra, que se ponían en marcha para enfrentar al nazismo), estaban guiados mucho más por el resentimiento y los prejuicios que por la investigación científica (obviamente, las excepciones no eran pocas, entre ellas encontramos prominentes biólogos que militaban dentro de una izquierda moderada, como Julian Huxley y Herbert S. Jennings, o incluso dentro del marxismo, como Lancelot Hogben y J.B.S. Haldane). Las corrientes dominantes de la vieja eugenesia querían básicamente cambiar la sociedad a través de políticas discriminatorias o genocidas, sea por motivos patológicos, raciales o religiosos. Era una eugenesia que, paradójicamente, escondía detrás de sus reivindicaciones jerarquizantes una fuerte meta igualitaria o niveladora, como quedó claro en el caso del nazismo, donde el Estado definió el patrón biológico al que todos los ciudadanos debían adecuarse y aquellos que no se encuadraran debían ser eliminados a través de políticas de exterminio gradual o total. Los que quedaran serían todos biológicamente iguales.

Pero la actual propuesta eugenésica guarda distancias enormes con la anterior; para comenzar no aparece siquiera identificada con su nombre (Rifkin recupera el concepto de alquimia, sugiriendo entonces el de algenia para expresar la idea de la nueva eugenesia). La eugenesia del siglo XXI aparece despolitizada, sin ninguna vinculación con cuestiones raciales y mucho menos religiosas. Llega impulsada por las investigaciones de los cientistas, por las fuerzas del mercado y por los deseos de las personas de evitar dolores y mejorar sus capacidades físicas y mentales. La distancia entre una y otra propuesta queda clara cuando observamos que la nueva eugenesia invierte la paradoja de la anterior; ésta ahora aparece empaquetada en discursos que

prometen beneficios para toda la humanidad, pero sus metas son claramente jerarquizantes. Ahora no tenemos ningún lecho de Procusto nivelador, el acceso a la ingeniería biogenética a través del mercado va a garantizar a los individuos que ellos establezcan su propio patrón hereditario (el Estado, en el mejor de los casos, continuará haciendo lo mismo que hasta ahora en el área de la salud pública, generalizando entre la población apenas una terapia genética básica para erradicar enfermedades de gran impacto social).

Sin embargo, las prácticas genéticas que se avecinan introducirán una jerarquía impensada entre la población, caracterizada por una elite de personas que adquirirán una base genética superior, consistente en mejoras sustanciales de inteligencia, memoria y aptitud física, así como una mayor longevidad, y una masa compuesta por individuos que quedarán excluidos de la posibilidad de mejorar su base genética en forma significativa. Nada permite sospechar que esta jerarquización de la sociedad va a suceder de forma pensada o consensual, atendiendo a los méritos reales de las personas. Los alcances individuales de la ingeniería genética podrán, eventualmente, ser decididos reflexivamente (a la Giddens) o comunicativamente (a la Habermas), pero el alcance global de la misma simplemente va a suceder acompañando la acción sistémica del mercado y/o de las nuevas tecnologías. Y así como nadie piensa hoy que sería viable hacer una campaña para cerrar todas las clínicas y hospitales privados del mundo, de modo de garantizar a todos igual acceso a la salud a través de instituciones públicas, que nadie piense que va a haber alguna viabilidad a cualquier campaña moralista (¿encabezada por la sociología?) contra la nueva eugenesia, destinada a impedir el acceso privado a los beneficios de la ingeniería genética.

Hasta la década de 1880, los sociólogos fueron razonablemente escuchados cuando afirmaban que solo por medio de cambios sociales (educación, políticas públicas, nuevos valores, etc.) sería posible hacer avanzar la sociedad hacia un mayor progreso moral y humano. Durante muchas décadas se aceptó que el comportamiento humano estaba casi exclusivamente asociado a la educación y al entorno familiar y social, dejando muy poco espacio para los factores hereditarios o biológicos. Aún en los años 70, la sociobiología (Wilson) intentó invertir esta ecuación, pero fue severamente rechazada por los sociólogos, en un caso de rara unanimidad. Pero hoy la comprensión de la exclusividad y/o reduccionismo y/o moralismo de los argumentos sociológicos está llegando a su fin y los sociólogos parecen querer ser los últimos en percibirlo. Si la sociología se aísla una vez más, colocando el rótulo de «políticamente incorrecto» a las investigaciones que estudian los fundamentos genéticos del comportamiento social o que se orientan por la intención de perfeccionar la naturaleza humana, en poco tiempo estará reducida a una secta y, lo que es peor, habrá perdido la batalla sin luchar, dejando a los biólogos conducir el debate político-científico para definir el sentido de la nueva eugenesia.

La sociología ya no puede continuar desconociendo la urgencia de las cuestiones latentes en la actual modernidad técnica. Sospecho que estas cuestio-

nes se organizarán en torno de un dilema que necesitaría la ayuda de un Sófocles para ser presentado en toda su dramaticidad. A falta de otros recursos, permítaseme que presente el dilema como pregunta: la evolución de los individuos como especie (entendiendo esto básicamente como un mejor desarrollo de las condiciones genéticas de la especie en tanto especie) ¿es contradictoria o convergente con la evolución de los individuos como sociedad (entendiendo esto básicamente como un mejor desarrollo de las condiciones materiales y espirituales de la sociedad en tanto sociedad)? Dilema hipercomplejo que nos desafía a pensar en transformaciones profundas en las dimensiones social y biológica de los seres humanos. Sería una expresión muy provinciana creer que la sociología puede responder sola, fuera de un abordaje interdisciplinario, a los desafíos introducidos por la técnica moderna a nuestra civilización.

El reduccionismo de los fundadores de la sociología (incluso de los más recalcitrantes), nunca les impidió entender lo social en sentido amplio, es decir, lo social nunca dejó de ser pensado de manera interdisciplinaria. Aunque esta interdisciplinariedad se daba dentro de un campo relativamente restringido, integrado en principio por las ciencias sociales y humanas (básicamente: sociología, antropología, psicología, economía, geografía e historia) y la filosofía, de cualquier forma esto evidencia que sus abordajes eran abiertos y permitían los contactos con una diversidad de teorías y datos empíricos que extrapolaban lo estrictamente sociológico tal como hoy se lo entiende. Más arriba me preguntaba por la culpa inconfesada que llevó a los sociólogos a ocultar sus maniobras y saltos político-epistemológicos. Pues bien, la explicación de esta culpa deriva, precisamente, del hecho de que los sociólogos contemporáneos no han querido enfrentar la contradicción establecida en el origen de la sociología, entre una propuesta (epistemológica) interdisciplinaria y una visión (ontológica) reduccionista de la realidad. Contradicción que está siendo tratada de la peor manera, intentando suprimir uno de sus costados. La culpa inconfesada reside en el anacrónico reduccionismo de los discípulos que, por no querer avanzar en la dirección de una mayor interdisciplinariedad que la de sus maestros, están ahora pretendiendo establecer una disciplina moral para un objeto cada vez más complejo.

Bibliografía

Arendt, Hannah: *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1958.
Huxley, Aldous: *Sobre a Democracia e outros estudos*, Livros do Brasil, Lisboa, s/f.
Kevles, Daniel J.: *In the Name of Eugenics*, Harvard University Press, Cambridge, 1997.
Leis, Héctor Ricardo: *A Modernidade Insustentável*, Vozes, Río de Janeiro, 1999.
Rifkin, Jeremy: *The Biotech Century*, Penguin Putnam, Londres, 1998.
Weber, Max: *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1967.
Wilson, Edward O.: *On Human Nature*, Harvard University Press, Cambridge, 1978.